

843 PQ 2519
Z. S78
v. 1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imp. Gasó Hermanos — Barcelona

Su Excelencia Eugenio Rougón

I

El presidente se hallaba aún en pie, en medio del ligero tumulto que su entrada acababa de producir. Sentóse y dijo á media voz con negligencia:

—Se abre la sesión.

Y clasificó los proyectos de ley, que tenía delante de sí, en su mesa bufete. A su izquierda, un secretario, miope, con la punta de la nariz pegada al papel, leía el acta de la última sesión, con rápido balbuceo, que ningún diputado escuchaba. En el sordo y confuso rumor de la sala, aquella lectura no llegaba sino á oídos de los ujieres, muy dignos, muy correctos, ante las actitudes indolentes de los miembros de la Cámara.

No llegaban á ciento los diputados presentes. Unos medio se rapantigaban sobre las banquetas de terciopelo encarnado, con la mirada vaga y dormitando ya. Otros, encorvados al borde de sus pupi-

tres, como dominados por el tedio producido por la pesada carga de una sesión pública, golpeaban suavemente la caoba con las yemas de los dedos. Por el acristalado vano que recortaba en el cielo una media luna gris, entraba toda la lluviosa tarde de mayo, cayendo á plomo é iluminando con regularidad la ostentosa severidad de la sala. La claridad descendía por las gradas en amplio manto rojizo, de sombrío resplandor, iluminando aquí y allá con rosado reflejo, los ángulos de los bancos vacíos; mientras que, detrás del presidente, la desnudez de las estatuas y de las esculturas, llenaban lienzos de pared de blanca claridad.

Un diputado, en el banco tercero, á la derecha, había permanecido en pie en el estrecho pasillo. Restregábase con la mano su áspera sotabarba gris, en actitud de hombre preocupado; y, como subiese un ujier, le detuvo y le dirigió una pregunta en voz queda.

—No, señor Kahn—contestó el ujier,—el señor presidente del Consejo de Estado no ha llegado todavía.

Entonces el señor Kahn se sentó. Después, volviéndose bruscamente hacia su vecino de la izquierda, le preguntó:

—Diga usted, Béjuin, ¿acaso habría usted visto á Rougon esta mañana?

El señor Béjuin, hombrecillo delgado, moreno, de fisonomía poco comunicativa, alzó la cabeza, inquieto la mirada y con el pensamiento en otra parte.

Había sacado la tablilla de su pupitre. Púsose á despachar su correspondencia, en papel azul, con membrete comercial, que contenía estas palabras: *Béjuin y Compañía, cristalería de San Florencio*.

—¿Rougon?—repitió.—No, no le he visto. No he tenido tiempo de pasar por el Consejo de Estado.

Y con todo sosiego volvió á su tarea. Consultaba un librito de memorias y escribía su segunda carta, acompañado del confuso zumbido del secretario, que daba fin á la lectura del acta.

El señor Kahn se echó atrás, con los brazos cruzados. Su rostro, de facciones abultadas y cuya bien formada nariz denunciaba su origen hebreo, permanecía áspero y desapacible. Contempló los dorados del techo y se detuvo viendo chorrear un aguacero que azotaba los vidrios del vano; después, con la mirada distraída, pareció examinar atentamente la ornamentación complicada de la gran pared que tenía en frente. Detúvose un instante mirando los testers de ambos lados, tapizados de terciopelo verde, cargados de atributos y de encuadramientos dorados. Luego, después de haber medido con la vista los pares de columnas, entre las cuales las estatuas alegóricas de la *Libertad* y del *Orden público* exhibían sus rostros de mármol con las pupilas vacías, concluyó por absorberse en el espectáculo del cortinaje de seda verde que ocultaba el fresco representando á Luis Felipe, prestando juramento á la Carta.

En esto el secretario se había sentado y el run-run continuaba en la sala. El presidente, sin darse la ma-

yor prisa, hojeaba á la continua sus papeles. Apoyó maquinalmente la mano sobre el pedal de la campanilla, cuyo prolongado repiqueteo no estorbó ninguna de las conversaciones particulares. Y, en pie, en medio del ruido, permaneció esperando un instante.

—Señores—empezó diciendo,—he recibido una carta...

Se interrumpió para sonar de nuevo el timbre, esperando todavía, dominando con su grave y aburrido semblante el bufete monumental, que extendía debajo de él sus tableros de mármol rojo, encuadrados en mármol blanco. Su abotonada levita se destacaba del bajorelieve colocado á espaldas de la mesa, cortando con su negro perfil los peplos de la Agricultura y de la Industria, con delineaciones clásicas.

—Señores—prosiguió en cuanto hubo obtenido un poco de silencio,—he recibido una carta del señor de Lamberthon, en la que da sus excusas por no poder asistir á la sesión de hoy.

Oyóse una ligera risa en uno de los bancos, el sexto frontero al bufete. Tratábase de un diputado joven, de veintiocho años á lo sumo, rubio y hermoso, que procuraba ahogar con sus blancas manos una argentina carcajada de mujer bonita. Uno de sus colegas, de gran obesidad, se acercó para preguntarle al oído:

—¿Por ventura Lamberthon ha encontrado en realidad á su mujer?... Cuéntemelo usted, La Rouquette.

El presidente había tomado un puñado de papeles y hablaba con voz monótona; fragmentos de frases llegaban hasta el fondo de la sala.

—Pídense licencias para ausentarse... el señor Blanchet, el señor Buquin-Lecomte, el señor de la Villardière.

Y mientras que la Cámara consultada concedía los permisos, el señor Kahn, harto sin duda de contemplar la tela de seda verde que cubría la sediciosa imagen de Luis Felipe, habíase medio vuelto para mirar á las tribunas. Por encima del basamento de mármol amarillo veteado de laca, una sola hilera de tribunas ostentaba, de una á otra columna, trozos de pasamano de terciopelo amaranto; mientras que, en todo lo alto, una guardamalleta de cuero estampado, no llegaba á disimular el hueco dejado por la supresión de la segunda hilera, reservada para los periodistas y para el público, antes del imperio. Entre las gruesas columnas amarillentas, desarrollando su suntuosidad un tanto pesada en torno del hemicíclo, las angostas tribunas parecían hundirse, envueltas en la sombra, vacías casi, y animadas tan sólo por tres ó cuatro toaletas claras de mujer.

—¡Calla! el coronel Jobelin ha llegado—murmuró el señor Kahn.

Y saludó al coronel, quien ya le había visto. El coronel Jobelin llevaba la levita azul oscuro que había adoptado como uniforme civil, después de su retiro. Hallábase solo en la tribuna de los cuestores,

con su roseta de oficial, tan grande, que parecía el nudo de un pañuelo de seda.

Más allá, á la izquierda, los ojos del señor Kahn acababan de fijarse en un joven y una joven, apretados tiernamente uno contra otro, en un rincón de la tribuna del Consejo de Estado. El joven se inclinaba á cada instante y hablaba al oído de la mujer, la que se sonreía con dulzura, sin mirarle, con la vista fija en la figura alegórica del *Orden público*.

—Diga usted, Béjuin—dijo en voz queda el diputado tocando á su colega en la rodilla.

El señor Béjuin escribía su quinta carta. Levantó la cabeza azorado.

—Usted no ve allá arriba al joven d'Escorailles y á la linda señora de Bouchard. Apuesto á que le está pellizcando las caderas. ¡Qué ojos más lánguidos se nos trae ella!... Todos los amigos de Rougón se han dado cita. También se ven allí, en la tribuna del público, á madama Courreur y al matrimonio Charbonnel.

Un repique de timbre más prolongado se dejó oír. Un ujier, con hermosa voz de bajo, gritó: «¡Silencio, señores!» Pusiéronse todos á escuchar. Y el presidente pronunció estas frases, de las que no se perdió ni una sola palabra:

—El señor Kahn pide autorización para hacer imprimir el discurso que ha pronunciado en la discusión del proyecto de ley relativo al establecimiento de

un impuesto municipal sobre los coches y los caballos que circulan en París.

Un murmullo se extendió por todos los bancos y las conversaciones se volvieron á reanudar. El señor La Rouquette había ido á sentarse junto al señor Kahn.

—Por lo que se ve, trabaja usted en pro de las poblaciones—le dijo en tono de broma.

Y en seguida, sin dejarle contestar, agregó:

—¿No ha visto usted á Rougón? ¿No sabe usted nada?... Todo el mundo habla de ello. Parece que todavía no hay nada de seguro.

Volvióse y miró el reloj.

—Ya son las doce y media. ¡Yo sería quien desfilaría, á no ser por la lectura de ese demontre de dictámen!... ¿Es así como así para hoy?

—A todos se nos ha avisado—respondió el señor Kahn.—Yo no he oído decir que haya habido contraorden... Hará usted bien en quedarse. En seguida se votarán los cuatrocientos mil francos del bautizo.

—Sin duda—repuso el señor La Rouquette.—El anciano general Legrain, que ahora se encuentra imposibilitado de ambas piernas, se ha mandado traer por su criado; está en la sala de Conferencias esperando el resultado del sufragio... El emperador tiene razón al contar con la adhesión del Cuerpo legislativo en masa. Ninguno de nuestros votos le debe faltar en esta ocasión solemne.

El joven diputado había hecho un gran esfuerzo para componerse un semblante serio de hombre

político. Su rostro aniñado, adornado con algunos pelos rubios, se engallaba en su corbata, con cierto balanceo. Pareció que saboreaba un instante las dos últimas frases de orador que se le habían ocurrido. En seguida, y bruscamente, soltó una gran carcajada.

—¡Gran Dios!—dijo.—Cuidado que el matrimonio Charbonnel tiene una gran cabeza.

Entonces, el señor Kahn y él bromearon á expensas de los Charbonnel. La mujer llevaba un extravagante chal amarillo; y el marido llevaba una de esas levitas de provincia, que parecen cortadas á hachazos; y ambos rechonchos, coloradotes, apoyaban la barba casi en la baranda de terciopelo, para mejor enterarse de la sesión, que sus enarcados ojos parecían no comprender ni pizca.

—Si Rougón salta—murmuró el señor La Rouquette,—no doy dos céntimos por el asunto de los Charbonnel... Lo mismo que el de la señora Correur.

Inclinóse al oído del señor Kahn, y continuó muy bajito:

—En resumidas cuentas, usted que conoce á Rougón, dígame con seguridad quién es esa señora Correur. A lo que parece tuvo una fonda, ¿verdad que sí? Tiempo atrás tenía de pupilo á Rougón. Hasta se cuenta que le prestaba dinero... ¿Y ahora qué ocupación es la suya?

El señor Kahn se había puesto muy serio, y se rascaba la sotabarba con lentitud.

Madama Correur es una señora muy respetable —dijo con lisura.

Esta frase cortó en redondo la curiosidad del señor La Rouquette. Mordióse los labios, en la actitud del estudiante que acaba de recibir una lección. Ambos por un instante estuvieron mirando silenciosos á madama Correur, sentada junto á los Charbonnel. Llevaba un vestido de seda color de malva, muy vistoso, cuajado de blondas y de joyas; con el rostro muy colorado y con la frente cubierta de ricitos de muñeca rubia, ostentaba su cuello regordete, bellísimo todavía, á pesar de sus cuarenta y ocho años.

En esto, en el fondo de la sala, se percibió de súbito un ruido de puerta, un roce de faldas que hizo volver las cabezas. Una joven, de admirable belleza, vestida por modo extraño con un vestido de raso verde mar, de pésimo corte, acababa de entrar en la tribuna del Cuerpo diplomático, seguida de una señora de edad, vestida de negro.

—¡Calle! ¡La bella Clorinda!—murmuró el señor La Rouquette, quien se levantó para saludar á todo trance.

El señor Kahn se había levantado asimismo. Inclinóse hacia el señor Béjuin, ocupado en poner el sobre á sus cartas.

—Diga usted, Béjuin—dijo por lo bajo,—la condesa Balbi y su hija están allí. Voy á subir para preguntarles si no han visto á Rougón.

El presidente había tomado de la mesa un nuevo

puñado de papeles. Sin cesar de leer, dirigió una mirada á la hermosa Clorinda Balbi, cuya llegada producía un continuo murmurio en la sala; y mientras que pasaba una por una las cuartillas á un secretario, decía sin puntos ni comas, por modo interminable:

—Presentación de un proyecto de ley que tiene á prorrogar la percepción de una sobretasa en los arbitrios de la ciudad de Lille... Presentación de un proyecto de ley relativo á la reunión en una sola comuna de los pueblos de Doulevant-le-Petit y de Ville-en-Blaisais (Alto-Marne).

Cuando el señor Kahn volvió á ocupar su puesto, sentíase afligido en extremo.

—Con seguridad, nadie le ha visto—dijo á sus colegas Béjuin y La Rouquette, á quienes encontró en el hemiciclo. Háseme asegurado que el emperador le había mandado llamar ayer noche, pero ignoro qué resultó de la entrevista... Nada más fastidioso que no saber á qué atenerse.

El señor La Rouquette, mientras volvía la espalda, susurraba al oído del señor Béjuin:

—El bueno de Kahn tiene miedo de que Rougón se indisponga con las Tullerías. Ya podría correr tras de su ferrocarril.

Entonces el señor Béjuin, que era parco en palabras, soltó con gravedad esta frase:

—El día en que Rougón deje el Consejo de Estado, resultará una pérdida para todo el mundo.

Y llamó con un gesto á un ujier, para rogarle que

fuese á echar al buzón las cartas que acababa de escribir.

Los tres diputados se quedaron al pie de la mesa del presidente, á la izquierda. Hablaron con discreción y prudencia de la desgracia que amenazaba á Rougón. Un lejano pariente de la emperatriz, un tal Rodríguez, reclamaba al gobierno francés la cantidad de dos millones, desde 1808. Durante la guerra de España, al tal Rodríguez, que era armador, le fué capturado un barco cargado de azúcar y de café, en el golfo de Gascuña y llevado á Brest por una de nuestras fragatas, la *Vigilante*. A consecuencia del informe que llevó á efecto la comisión local, el oficial de administración declaró la validez de la captura, sin remitirse al Consejo de presas. En esto, el señor Rodríguez habíase apresurado á recurrir al Consejo de Estado. Después, habiendo fallecido, su hijo, bajo todos los gobiernos, había intentado vanamente recurrir á otro tribunal, hasta el día en que una palabra de su lejana prima, que llegó á hacerse omnipotente, bastó para que el pleito se pudiese en el Registro.

Por encima de sus cabezas, los tres diputados oían la monótona voz del presidente, quien proseguía:

—Presentación de un proyecto de ley autorizando al departamento de Calvados para emitir un empréstito de trescientos mil francos... Presentación de un proyecto de ley autorizando á la ciudad de Amiens para realizar un empréstito de doscientos mil francos para la creación de nuevos paseos... Pre-

sentación de un proyecto de ley autorizando al departamento de las Costas del Norte para contratar un empréstito de trescientos cuarenta y cinco mil francos, destinado á cubrir los déficits de los últimos cinco años...

—La verdad es—dijo el señor Kahn bajando aún más la voz,—que el Rodríguez de que se trata, tuvo una ocurrencia ingeniosísima. Poseía con uno de sus yernos, residente en Nueva York, barcos gemelos, que viajaban á discreción, con bandera americana ó española, según los peligros de la travesía... Rougón me ha asegurado que el barco aprehendido era muy suyo, y que en modo alguno había lugar para atender sus reclamaciones.

—Tanto más—añadió el señor Béjuin,—cuanto que el proceso es inatacable. El oficial de administración de Brest tenía perfecto derecho para determinar la validez, según uso y costumbre del puerto, sin remitirse al Consejo de presas.

Hubo un instante de silencio. El señor La Rouquette, apoyado contra el basamento de mármol, alzaba la nariz y procuraba llamar la atención de la hermosa Clorinda.

—Pero—preguntó con candidez,—¿por qué Rougón se opone á que se devuelvan los dos millones al Rodríguez? ¿Qué le va ni le viene?

—Es cuestión de conciencia—dijo gravemente el señor Kahn.

El señor La Rouquette miró á sus dos colegas,

uno tras otro; mas, viéndoles tan solemnes, ni siquiera se sonrió.

—Luego—continuó el señor Kahn, como contestándose á las cosas que no decía en voz alta,—Rougón tiene sus disgustos desde que Marsy es ministro del Interior. Nunca pudieron aguantarse uno á otro... Decíame Rougón que, á no ser por su adhesión al emperador, á quien tiene ya prestados tantos servicios, hace mucho tiempo que se habría retirado á la vida privada... Sea como sea, ya no se siente á sus anchas en las Tullerías y conoce que hay necesidad de un cambio de cosas.

—Obra como hombre honrado—repitió el señor Béjuin.

—Sí—dijo el señor La Rouquette con expresión maliciosa,—si quiere retirarse, la ocasión es de perlas... Sea como fuere, sus amigos lo sentirán en el alma. Miren ustedes allá arriba al coronel, con su semblante inquieto; ¡estaba tan seguro de que el 15 de agosto próximo se le colgaría al cuello el cordón rojo!... ¡Y la linda señora de Bouchard, que había jurado que su digno esposo sería jefe de división en el Interior antes de seis meses!... El jovencito d'Escorailles, el niño mimado de Rougón, debía de poner la credencial debajo de la servilleta del señor Bouchard, el día del Santo de la señora... ¡Calle! ¿en dónde se han metido el joven d'Escorailles y la señora de Bouchard?

Aquellos señores les buscaron con la vista. Descubriéronles por fin en el fondo de la tribuna, cuyo

primer banco ocupaban al dar comienzo la sesión. Habíanse refugiado allí, á la sombra, detrás de un viejo señor calvo; y ambos permanecían muy tranquilos y muy coloraditos.

En aquel instante el presidente daba fin á su lectura. Y con voz un tanto desmayada, que mal se compadecía con la bárbara rudeza de la frase, dejó oír estas últimas palabras:

—Presentación de un proyecto de ley que tiene por objeto la autorización del tipo de interés de un empréstito autorizado por la ley de 9 de junio de 1853, y un impuesto extraordinario para el departamento de la Mancha.

El señor Kahn acababa de correr al encuentro de un diputado que entraba en la Cámara. Llevólo al grupo, diciendo:

—Aquí tienen ustedes al señor Combelot... Va á darnos noticias.

El señor de Combelot era un chambelán á quien el departamento de las Landas había nombrado diputado, cediendo á un formal deseo emitido por el emperador; inclinóse con discreción, en espera de que se le interrogase. Era hombre de elevada estatura, de muy blanco cutis y con barba de azabache, que le proporcionaba envidiables triunfos entre el sexo hermoso.

—¡Bueno!—preguntó el señor Kahn,—¿qué es lo que se murmura en el castillo? ¿Qué es lo que el emperador ha determinado?

—Dios mío—contestó el señor Combelot tartajean-

do,—¡se dicen tantas cosas!... El emperador está á partir piñones con el señor presidente del Consejo de Estado. Lo cierto es que la entrevista ha sido amistosísima... Sí, ha sido amistosísima.

Y se detuvo después de haber pesado la palabra, para saber si no había ido demasiado lejos.

—¿Luego la dimisión ha quedado retirada?—repuso el señor Kahn, cuyos ojos echaron chispas.

—Yo no he dicho semejante cosa—agregó el chambelán sumamente inquieto. Como ustedes comprenden, mi situación es especial...

Y no acabó; contentóse con sonreír y se dió prisa para subir á su banco. El señor Kahn se encogió de hombros, y dirigiéndose al señor La Rouquette:

—Pero yo estoy en que usted debería de estar al corriente... La señora de Lorentz, su hermana de usted, ¿no le cuenta á usted nada?

—¡Oh! mi hermana es todavía más muda que el señor Combelot—dijo el joven diputado riendo.—Desde que es dama de honor en las Tullerías, se la echa de tan grave como un ministro... No obstante, ayer me aseguró que la dimisión sería aceptada. Y á propósito de esto se me contó una chusca historia. A lo que parece, se ha enviado una dama á Rougón, para que se deje vencer. ¿Saben ustedes lo que ha hecho Rougón? Pues ha puesto de patitas en la calle á la tal dama, y hay que contar que era de lo más delicioso.

—Rougón es casto—declaró solemnemente el señor Béjuin.

El señor La Rouquette por poco se descoyunta de risa. Protestaba, y habría citado hechos, si así le hubiese venido en gana.

—Así, pues, madama Correur...—dijo entre dientes.

—¡Nunca!—exclamó el señor Kahn,—usted no sabe de la misa la media, tocante á esa historia.

—Pues si no, la bella Clorinda.

—¡Ca! Rougón es demasiado hombre para dejarse engatusar por aquel diablo de mujer.

Y aquellos señores se acercaron más, para enzarzarse en una conversación arriesgada, en la que se cruzaron palabras de gran crudeza. Contaron las anécdotas que circulaban acerca de dos italianas, madre é hija, medio aventureras, medio grandes damas, con quienes se tropezaba por do quiera, en medio de todos los bullicios: en casa de los ministros, en los proscenios de los teatritos, en las playas á la moda, en el fondo de los figones más ignorados. La madre, á lo que se aseguraba, procedía de lecho real; la hija, con ignorancia de nuestras conveniencias sociales, que la convertía en *una gran diablesa*, original y pésimamente educada, reventaba caballos, enseñaba sus medias sucias y sus botinas destalonadas en las aceras los días de lluvia, y buscaba un marido, con atrevidas sonrisas de mujer de mundo. El señor La Rouquette refirió que en casa del caballero Rusconi, legado de Italia, ha-

bíase presentado una noche de Diana cazadora, tan desnuda, que en un tris estuvo que al día siguiente no hubiese sido pedida en matrimonio por el viejo señor de Nougardède, senador que se perecía por los manjares apetitosos. Y en tanto que se ocupaban de esta historia, los tres diputados lanzaban miradas á la hermosa Clorinda, quien, mal que pesara al reglamento, miraba á los miembros de la Cámara, uno tras otro, con ayuda de unos grandes gemelos de teatro.

—No, no—repetía el señor Kahn,—¡nunca Rougón perdería la chaveta hasta tal punto!... Dice que es mujer muy avisada y la llama entre risas la «señorita Maquiavelo». Ella le divierte, y pare usted de contar.

—Eso no hace al caso—acabó diciendo el señor Béjuin.—Rougón hace mal en no casarse... El matrimonio da al hombre reputación, buen concepto.

Entonces los tres se pusieron de acuerdo sobre la clase de mujer que vendría de molde á Rougón: una mujer de cierta edad, por lo menos de treinta y cinco primaveras, rica, y que mantuviese su casa montada bajo un pie de la más excelsa honestidad.

Entretanto difundióse gran clamoreo. Absorbíanse hasta tal punto en sus escabrosas anécdotas, que ya no paraban mientes en cuanto pasaba á su alrededor. A lo lejos, en el fondo de los comedores, oíase la voz de los ujieres que gritaban: «¡A la sesión, señores, á la sesión!». Y los diputados llegaban de todos lados, por las puertas de maciza cao-